

Eduardo Galeano

La cultura del miedo

A poco andar, uno descubre muchos miedos en la vida cotidiana de los habitantes del "paraíso" (U.S.A.). Miedo al derrumbe de la economía, miedo a la explosión de las tensiones raciales y las furias sociales, miedo a... muchas cosas, porque:

- Si haces el amor, tendrás *sida*.
- Si fumas, tendrás *cáncer*.
- Si comes, tendrás *colesterol*.
- Si bebes, tendrás *accidentes*.
- Si respiras, tendrás *contaminación*.
- Si caminas, tendrás *violencia*.
- Si lees, tendrás *confusión*.
- Si piensas, tendrás *angustia*.
- Si sientes, tendrás *locura*.
- Si hablas, perderás el *empleo*.

(Tomado de El Espectador, domingo, junio 2 de 1991, pag. 3-E)

EL SECUESTRO DE LA HISTORIA

A los muertos de hambre, el sistema les niega hasta el alimento de su memoria. Para que no tengan futuro, les roba el pasado. La historia oficial está contada desde, por y para *los ricos, los blancos, los machos y los militares*. Europa es el Universo. Poco o nada aprende-

mos del pasado pre-colombino de América y ni qué hablar del África, a la que conocemos a través de las viejas películas de Tarzán. *La historia de América, la verdadera, la traicionada historia de América, es una historia de la dignidad incesante.* No hay día del pasado en el que no haya ocurrido algún ignorado episodio de resistencia contra el poder y el dinero, pero la historia oficial no menciona las sublevaciones indígenas ni las rebeliones de esclavos negros, o las menciona al pasar, cuando las menciona, como episodios de mala conducta —y jamás dice que algunas fueron encabezadas por mujeres. Los grandes procesos económicos y sociales no existen ni como telón de fondo: se los escamotea para que los llamados “países en desarrollo” no sepan que no van hacia el desarrollo sino que vienen de él porque a lo largo de una larga historia han sido subdesarrollados por el desarrollo de los países que les sacaron el jugo. Lo que importa es aprenderse de memoria las fechas de las batallas y los exactos cumpleaños de los próceres. Ataviados como para fiesta o desfile, estos hombres de bronce han actuado solitariamente, por inspiración divina, seguidos por la sombra fiel de la abnegada compañera: detrás de todo gran hombre hay una mujer, se nos dice, dudoso elogio que reduce a la mujer a la condición de respaldo de silla. En el duelo entre el bueno y el malo, los pueblos cumplen pasivamente el papel de comparsas. Los pueblos forman un confuso montón de débiles mentales, ansiosos de jefes mandones, y periódicamente engullen, como si fuera caramelo, el veneno rojo

LA CULTURA DE LA RESISTENCIA EMPLEA TODOS LOS MEDIOS A SU ALCANCE

Pero no es solamente un problema de lenguaje. También de medios. La cultura de la resistencia emplea todos los medios a su alcance y no se concede el lujo de desperdiciar ningún vehículo ni oportunidad de expresión. El tiempo es breve, ardiente el desafío, enorme la tarea: para un escritor latinoamericano enrolado en la causa del cambio social, la producción de libros forma parte de un frente de trabajo múltiple. No compartimos la sacralización de la literatura

como institución congelada de la cultura burguesa. La crónica y el reportaje de tirajes masivos, los guiones para radio, cine y televisión y la canción popular no siempre son géneros “menores”, de categoría subalterna, como creen algunos marqueses del discurso literario especializado que los miran por encima del hombro. Las figuras abiertas por el periodismo rebelde latinoamericano en el engranaje alienante de los medios masivos de comunicación, han sido a menudo el resultado de trabajos sacrificados y creadores que nada tienen que envidiar, por su nivel estético y su eficacia a las buenas novelas y cuentos de ficción.

CREO EN MI OFICIO; CREO EN MI INSTRUMENTO

Creo en mi oficio; creo en mi instrumento. Nunca pude entender por qué escriben los escritores que mientras tanto declaran, tan campantes, que escribir no tiene sentido en un mundo donde la gente muere de hambre. Tampoco pude nunca entender a los que convierten a la palabra en blanco de furias o en objeto de fetichismo. La palabra es un arma, y puede ser usada para bien o para mal: la culpa del crimen nunca es del cuchillo.

Creo que una función primordial de la literatura latinoamericana actual consiste en rescatar la palabra, usada y abusada con impunidad y frecuencia para impedir o traicionar la comunicación. “Libertad” es, en mi país, el nombre de una cárcel para presos políticos y “Democracia” se llaman varios regímenes de terror; la palabra “amor” define la relación del hombre con su automóvil y por “revolución” se entiende lo que un nuevo detergente puede hacer en su cocina; la “gloria” es algo que produce un jabón suave de determinada marca y la “felicidad” una sensación que da comer salchichas. “País en paz” significa, en muchos lugares de América Latina “cementerio en orden”, y donde dice “hombre sano” habría que leer a veces “hombre impotente”.

Escribiendo es posible ofrecer, a pesar de la persecución y la censura, el testimonio de nuestro tiempo y nuestra gente —para ahora y

después. Se puede escribir como diciendo, en cierto modo: "Estamos aquí, aquí estuvimos; somos así, así fuimos". Lentamente va cobrando fuerza y forma, en América Latina, una literatura que no ayuda a los demás a dormir, sino que les quita el sueño; que no se propone enterrar a nuestros muertos, sino perpetuarlos; que se niega a barrer las cenizas y procura, en cambio, encender el fuego. Esa literatura continúa y enriquece una formidable tradición de palabras peleadoras. Si es mejor, como creemos, la esperanza que la nostalgia, quizás esa literatura naciente pueda llegar a merecer la belleza de las fuerzas sociales que tarde o temprano, por las buenas o por las malas, cambiarán radicalmente el curso de nuestra historia. Y quizás ayude a guardar para los jóvenes que vienen, como quería el poeta, "el verdadero nombre de cada cosa".